La Voluntad y el estudio hicieron de un campesino un gran médico

Se ha tributado un elocuente homenaje en el hemiciclo del Colegio de Médicos y Cirujanos, al doctor don Sergio Fallas, que a los setenta y dos años, sigue ejerciendo su profesión y según él mismo declaró, al agradecer ese agasajo, espera que la muerte lo sorprenda en el cumplimiento de su deber. Porque el ejercicio de la Medicina para él es un deber; un servicio. Quien puede evitar un dolor, debe proceder sin ver quién es la persona que sufre ni reparar en ninguna otra consideración. Si cada persona, sea quien sea, pensara en ahorrar penas, el mundo podría tener alguna semejanza con el Paraíso.

Don Sergio Fallas nació en la población sureña, Aserri. Su padre era un artesano. Entonces había pocos médicos y en los pueblos algunos personas demostraban cierta capacidad para curar. Eran los curnderos. Conocían la bondad de algunas plantas; sabían por tradición de los medios de atenuar ciertos dolores y hacían lo que podían. Siempre es peor que no se haga nada por amortiguar o suprimir un dolor.

Fallas demostró inclinación por la medicina y un deudo suyo, el presbítero don José Badilla Cordero, —que fué escritor, político y hasta médico—, se empeñó en que realizara sus estudios.

Cuenta don Sergio que cuando decidió hacer su viaje a Europa no era ni siquiera Bachiller. Llegó a la famosa Universidad de Lovaina sin otra credencial que una carta que le diera el entonces Obispo de Costa Rica, Monseñor Bernardo Augusto Thiel. Su influencia tendría porque el señor Fallas no encontró cerradas las puertas. Tampoco podría decirse que se le abrieron de par en par. Lo sometieron a una prueba de un año y como tenía vocación, capacidad para el estudio, talento, triunfó. Sepan esto quienes creen que un título es todo. El cartón que se obtiene en un colegio no es más que la certificación de que se pasó por él. Quien desee surgir en una profesión debe seguir estudiando. Y nunca habrá estudiado lo suficiente.

Se graduó con éxito el señor Fallas. Aún recordamos cuando al regreso de Europa, ya casado fué recibido en Desamparados, por el Padre Badilla Cordero. Fué un día de fiesta.

Pero si el doctor Fallas se había doctorado en una Universidad europea y con brillantez, no había olvidado su vida en el campo. Quería servir al pueblo. Y lejos de pensar que con su aureola podía llegar a tener un gran consultorio en la capital, prefirió trabajar en poblaciones menores. Y alternaba entre el ejercicio de su profesión y la cacería. El campo seguía siendo una afición suya.

Actuó muchos años en San Ramón y el año 1912 se trasladó a Puntarenas. Allí se radicó definitivamente. El mar le sedujo. También tenía la oportunidad de salir por los alrededores en busca del verde de la montaña y el solaz que proporciona la soledad.

Dicen los colegas que el Hospital de San Rafael de Puntarenas es el Dr. Fallas. Allí está la historia de su vida profesional. Ese centro ha tenido una fuerza de atracción. Quienes llegan con espíritu de servicio, sirven hasta la muerte. Una doña Emilia Santos, para citar el caso de una directora; un don Manuel Burgos, para citar el de un abnegado miembro de la junta encargada de la Administración del Hospital.

El doctor Fallas ha recibido el mejor premio, que puede ofrecerse a un profesional distinguido, al punto de finalizar una carrera: no la medalla y el pergamino que se le entregaron; no la fiesta cordial que se le ofreció, en forma tan expresiva. Siendo tan grandes esos honores, apreciamos más otro: el franco y leal reconocimiento de sus colegas, que esa noche exaltaron sus virtudes, declarando que ha sido un médico leal a su profesión, humano, que ha pensado siempre en servir. Por eso podrá terminar sus días sin haber levantado un capital, pero con la convicción y el contento profundo de haber salvado muchas vidas.

Al cabo de tantos años de desvelos, entrado en años y víctima de alguna enfermedad, que ni él mismo ha podido determinar, su rostro muestra una gran satisfacción: la del deber cumplido. Si no ha podido aliviar su propio dolor, sí sabe que salvó a miles de pacientes. El médico a veces tiene esa prueba: la de soportar en su cuerpo el dolor que alivió en otros.

Recordamos el caso del doctor don Jenaro Rucavado; médico distinguido que un día abandonó su profesión, amargado, decepcionado por no haber podido restablecer la salud a su propia madre. Y entonces, como para reconciliarse consigo mismo, se consagró a cuidar pájaros. Cada nueva vida incubada en su pajarera resultaba una nueva alegría. Si la muerte de un deudo le secó el corazón, la vida de los pájaros, las más humildes criaturas de Dios, le alegraron sus últimos días. Cuando ensayaban sus alas para el vuelo le estaban enseñando el camino hacia lo alto, donde terminan las congojas y alcanza su triunfo definitivo la vida.

F. M. N.

("Diario de Costa Rica", domingo 30 de octubre de 1949).